

magistrados eponianos de Nínive da la cronología de 40 siglos que precedieron á Jesucristo, mientras que las ruinas, grandiosos descubrimientos no solamente en Méjico, sino tambien en Cochinchina, y las inscripciones en lenguas desconocidas halladas en nuestros propios terrenos, ofrecen siempre problemas nuevos para impelernos en busca de esta civilizacion de que estamos tan ufanos, y que por error se acerca mas y mas á la verdad.

CAPÍTULO III

Unidad de la especie humana.

Queda, pues, confirmada por los progresos de las ciencias la narracion de Moises, que no da al hombre mas de 7 á 8,000 años de antigüedad (1); y es ciertamente una de las mayores maravillas para quien lee el Génesis, su concordancia con los mas recientes adelantos de la ciencia. Solo él entre todas las cosmogonías establece una diferencia entre la creacion de la materia y su organizacion, entre el principio en el cual aquella comienza á existir, y la *incubacion* (2) que ejecuta el espíritu de Dios, hasta que la pone en aptitud de formar las estrellas y los planetas. Lo primero no podia ser mas que un acto instantáneo de la voluntad omnipotente; lo segundo se verificó mediante la sucesion de los tiempos, y lo vemos proseguir hasta hoy en las nebulosas, que son mundos en estado de formacion. Esta verdad que apenas acaba de ser descubierta en nuestros tiempos, la declaró Moises, no con el lenguaje de Newton ó de Herschel, sino valiéndose de aquellas imágenes que eran las únicas que podian ser comprendidas por su pueblo. Por otra parte, el lenguaje mas refinado de la ciencia ¿qué es sino el lenguaje de la apariencia?

Sabiduría de Moises

La luz, segun los últimos experimentos de Struve, corre 98,843 millas italianas en un segundo; Herschel (el padre) dijo que los rayos luminosos que nos transmiten las nebulosas mas lejanas que se presentaron en su reflector de 40 pies, necesitan mas de 2,000,000 de años para llegar á la tierra. Debieron, pues, aquellos astros haber sido creados mucho tiempo antes de la última organizacion de esta. Así el primer acto fué de absoluta creacion; y lo demas se va cumpliendo bajo la influencia de las fuerzas que el Criador imprimió á la materia. La mas estupenda de estas es la gravedad, y Moises vió que la estabilidad de los cuerpos celestes depende de su mutua gravitacion y de la amplitud del espacio que los separa. Entre ellos está fija en sus polos la tierra, suspendida sobre el abismo, y en su seno fueron dispuestas anchas

(1) Por lo tocante á las diferencias de este cálculo véase nuestra *CRONOLOGÍA*.

(2) El Génesis dice *merahéset* (1. 2.).

cavidades donde se encierran el agua central y el fuego (1). El cielo, no el *firmamento* como lo interpretaron San Jerónimo y los LXX, tampoco es el cielo cristalino de Aristóteles, sino la extension (*rakiach*), esto, es la inmensidad (2).

Otro portentoso: Moises distinguió la luz primitiva de la que debemos al sol. Una filosofía frívola hizo escarnio de la idea de haber creado la luz antes que el sol que es su fuente; mas la ciencia ha demostrado que otra luz se desarrolla en la tierra independiente de la del sol, como es la de los volcanes ó la fosforescencia de las nubes ó la electricidad, y esta debió ser de tal potencia *en un principio* que bastó para hacer germinar los vegetales antes que el sol les sonriera.

Hay mas. En Moises la luz no fué creada, sino que Dios la hizo brillar; expresion que se aviene con la teoría de las *ondulaciones* que generalmente se adopta hoy con preferencia á la de las *emisiones*.

Hiparco estableció que las estrellas del cielo eran 1,022; Tolomeo hacia subir este número á 1,026: Moises sabe que son innumerables como las arenas del mar; y de 30 siglos á esta parte están demostrando esta verdad los telescopios; y para que no se crea que esta es una frase poética ni que envuelve la idea de lo infinito, la Escritura añade que *Dios sabe el nombre de cada una*. Si habla del orden de los astros, la Escritura los compara con un ejército formado en batalla cantando alabanzas al Señor. Luego no son dioses, ni tampoco influyen en las acciones humanas como lo creía la antigüedad.

El aire (*ruach*: Job) en los libros de Moises aparece como un *vestido* de la tierra; y Dios le dió su peso (*mischkal*). La Biblia lo sabe mucho tiempo antes que Galileo.

Las aguas ejercieron grandísima influencia en la constitucion de la tierra. Divídense estas en superiores é inferiores, y están separadas no por una esfera sólida (*firmamento*) sino por el espacio (*rakiach*). Los vapores difundidos por el aire no habrian bastado para producir el diluvio, si no se hubieran abierto los abismos de la tierra para lanzar las aguas que contenian.

Los seres animados fueron apareciendo por sucesivas generaciones y con arreglo á la complicacion de su organismo. La geología ha sabido probar á la letra aquel orden de sucesion; y si niega que los animales hayan aparecido despues de los vegetales, la química á su vez lo sostiene, y lo sostiene tambien la razon, que demuestra que la mayor parte de los animales se alimentan de vegetales. Estos, segun el Génesis, se desarrollaron antes de la aparicion del sol y bajo condiciones de luz, de humedad y de calor diferentes de las actuales; y la botánica fósil acaba de sancionar semejante orden de hechos.

(1) Job, XXVI. 7. 10; Prov. VIII, 17; Is. XL. 22.

(2) MARCELO DE SERRES. *Des connaissances consignées dans la Bible, mises en parallèle avec les découvertes des sciences modernes.*

El último de todos los seres fué el hombre, y la geología no puede presentar un solo resto suyo hallado en los estratos antiguos. Dícese que no es posible que la especie humana cuente tan breve tiempo desde su creacion, atendido el largo plazo que necesita el hombre para educarse; pero conviene tener presente que el niño aprende en los primeros meses de la vida mucho mas que durante algunos años despues, y aun podria decirse que es todavía joven, si se advierte cuánto ha tardado en llegar al uso de su razon.

Perfec-
ciona-
miento
sucesivo
de la
especie.

Pero algunos han clamado contra esta opinion con mas atrevimiento, negando que el hombre haya sido creado tal como es, y suponiendo que todas las cosas visibles salieron de un germen único, el cual se fué desarrollando poco á poco; que pasó del estado de materia bruta á la orgánica y luego á la animal, dividiéndose gradualmente en las diversas especies por que fué pasando, y elevándose á cada nueva catástrofe que ocurría en el globo, hasta llegar á la actual, le precedieron otras especies, al paso que otras inferiores se aprestan tambien á alcanzarlo y á ocupar su lugar.

Dejando aparte á los meros declamadores, diremos que Lamark con mucho aparato científico sostuvo hace poco (1) que el hombre procedia del mono, empeñándose en demostrar, comparándolo anatómicamente y fisiológicamente, con varios aspectos del feto humano, el sucesivo tránsito de los grados mas inferiores á los superiores, como si aquellos en cierto modo hubieran sido el aprendizaje de estos. Así, segun su doctrina, el orangutan de Angola perdió poco á poco la costumbre de andar en cuatro pies y caminó derecho: luego las patas traseras se convirtieron en pies, y en manos los remos delanteros: habiéndose librado de la necesidad de coger frutas y de pelear, se fué gradualmente acortando su hocico; el antiguo rechinar de los dientes se trocó en sonrisa, y de este modo quedó convertido en hombre. Las prerogativas del espíritu, segun Lamark, no son mas que la

(1) J. B. LAMARK, *Philosophie zoologique, ou exposition des considérations relatives à l'histoire naturelle des animaux*. Paris 1830. Compárese con STEPHENS, *Antropología*, II, 6 (en alemán), y con Lyell, *Principios de geología*, II, 48 (en inglés) 1830, que lo refuta.

Ultimamente Godwin (1860), profesor de la universidad de Cambridge, ha querido sostener que los ensayos hechos para conciliar la geología con el primer capítulo del Génesis eran vanos y ridiculos, y enteramente contrarios á la ciencia. Se sirve de todas las sutilezas posibles para rechazar á Chambers, Buckland, d'Orbigny, Hugh, Miller y Cuvier. Esos nombres solos bastan para borrar la mancha de ignorancia hecha á los sistemas conciliadores. Es cierto que el mismo Godwin confiesa que Dios no ha querido revelar al hombre la verdad que él mismo debía adquirir por el estudio y por sus facultades naturales. Los escritores sagrados, dice Godwin, hablan el idioma de su tiempo; y sus errores en física en nada comprometen las otras verdades morales que anuncian. El mal consiste en haber exagerado los límites de la inspiracion bíblica. Dios se sirvió de personas piadosas y no de sabios para enseñarnos las verdades morales. Pretendiendo que los conocimientos físicos de los escritores bíblicos sean iguales en sus países á las verdades morales, comprometen unos y otras. El progreso es la ley de la humanidad, y solo con el tiempo sale la verdad de la sombra.

Nota de 1862.

extension de la facultad de los brutos, diversas solamente en lo relativo á la cantidad y dependientes de la organizacion.

Unidad del género humano

Ni aun discuriendo de este modo queda desvanecido el punto principal de la dificultad, sino solamente un poco mas distante: porque si Dios no creó al hombre, ¿quién fué el autor de este germen primitivo? ¿En qué terreno se desarrolló? ¿Qué átomos lo compusieron? Luego, ¿cómo se explica el fenómeno de la vida? La transicion de la materia mejor compaginada al animal peor conformado ¿no queda aun interrumpida por un abismo, tan inmenso como una nueva creacion? ¿Podria acaso verificarse nunca por medio de recursos meramente naturales el tránsito del animal bruto hasta la altura del ser racional? Siglos han trascurrido desde que se están estudiando las especies vivientes sobre esta tierra: los sepulcros de Egipto son museos de historia natural donde se conservan esqueletos de muchísimos animales de 4,000 años hace, y allí puede verse que ni un ápice se diferencian los cocodrilos, los ibis y los icneumones de hoy de los que vivieron en aquella época. ¿Y qué diremos de la perfectibilidad intelectual y moral, privilegio tan peculiar del hombre, que solo él bastaria para distinguirlo de todo el resto de la creacion?

Si este germen se hubiese desarrollado espontáneamente, segun la prodigiosa fecundidad de la naturaleza en las demas especies, deberia encontrarse una variedad infinita y fundamental entre los hombres, como sucede en las obras del acaso; pero por el contrario, aun aquellas mismas cosas que á primera vista parece que contribuyen á diferenciarlo, como los caracteres fisiológicos, por ejemplo, y el lenguaje, no hacen mas que acabar de corroborar la unidad de su especie.

Mucho se ha hablado de monstruos humanos, del orang-kubub y del orang-guhu de los bosques de Borneo, Sumatra y de las islas de Nicobar; pero lo mismo que los hombres con cola han desaparecido á la luz de la crítica (1), y otro tanto ha sucedido con los enanos de Madagascar, los hermafroditas de las Floridas y demas fábulas inventadas acerca de los Albinos, Dodones, Patagones y Hotentotes. El supuesto comercio fecundo entre el hombre y la mona ha sido considerado con razon como una patraña, al paso que la fecundidad de la union entre todas las razas y colores humanos demuestra, aun con solo el auxilio de la filosofía natural, nuestra hermandad con el Mogol, con el Malabar y con el pobre Negro. ¡Ah! con demasiada frecuencia hallaremos en el curso de nuestra historia hechos y épocas de los pueblos, que nos probarán la extrema degradacion en que puede caer el hombre, abandonado á sus pasiones.

Razas humanas.

Es por tanto impropia la denominacion de razas humanas, la cual indicaria un origen diverso, al paso que el hombre en sus diferentes

(1) BLUMENBACH, *De generis humani varietate*.

especies no ha hecho mas que ponerse en armonía con la naturaleza. A los arenales y a los montes corresponden las formas agudas y groseras del Calmuco y del Mogol que en aquellas dilatadísimas llanuras, sin un árbol, sin una fuente, donde solo el rocío infunde nueva vida a la agostada yerba, viven con su caballo y sus rebaños. Todavía el Calmuco indolente pasa la vida con la mirada fija en un cielo siempre sereno, y al mas leve rumor aplica el oído al desierto adonde su vista no alcanza a penetrar. El Mogol en su país es lo mismo que era hace miles de años; pero si sale de él, experimenta un cambio tal, que apenas hay quien lo conozca. El Arabe, libre, sobrio, ligero en la carrera, diestro en la equitación y en el manejo de la lanza, fiel a su palabra y huésped generoso, se halla en armonía con el desierto que habita, así como lo están el Lapon con sus hielos y el Griego y el Italiano con las dulzuras de su benéfico clima.

Cuando hablamos del clima, por lo regular no establecemos mas distinción que la de las zonas; sin embargo, estas ni están suficientemente determinadas, ni producen iguales efectos en los dos hemisferios: además de que las distintas condiciones determinan muy diferente temperatura en países inmediatos, y los cuerpos mismos se hallan diversamente dispuestos para recibir ó para rechazar el calor. No se pierdan tampoco de vista los efectos del magnetismo y electricidad, esa vida de la materia, cuyos misterios, según parece, están próximos a revelarse: y ténganse en cuenta la evaporación de las diversas sustancias, los vientos y las enfermedades endémicas: causas todas que modifican el cuerpo del hombre, como lo modifican también la mutua acción del mar y de la tierra, la calidad de alimentos y la diversidad de civilización. Los Germanos, de que habla Tácito, dejaron de formar, al civilizarse, una especie distinta, como la constituyeron sus antepasados y perdieron además su enorme corpulencia, al paso que los Portugueses adquirieron colosales formas en el centro de las colonias del Cabo. ¡Qué diversidad de aspecto entre el Lapon y el Húngaro! y sin embargo, el idioma demuestra que proceden de un tronco común.

Se observan en la humana estirpe variedades individuales y monstruosidades que cada cual puede haber visto sin recurrir a los millares de extravagancias conservadas en la memoria. No raras veces estas se propagan, y conocidas son, dejando a un lado ciertas bellezas ó defectos hereditarios, las familias de seis dedos y el Inglés que comunicó a su progenitura el defecto por el cual se le dió el nombre de puerco-espín. ¡Cuánto mas fácilmente se hubiera verificado esta trasmisión si hubieran vivido aislados! Posible es, pues, que las anteriores causas alteren la forma de los individuos y vayan propagándose por su descendencia (1).

(1) Una de las observaciones mas comunes es la de ciertos perros de caza que nacen a veces con la cola corta, lo cual

Mas esta ciencia de las razas es nueva aun. Los antiguos, al parecer, no distinguieron de la nuestra mas que la etiópica, la tracia ó mogola, y la escita, ó germana, deduciendo la variedad únicamente del color del cutis y de la naturaleza del cabello. Esta distinción pareció justamente defectuosa é insuficiente, y por lo tanto se propusieron diversos sistemas para clasificar la humana especie. El gobernador Pownall fué el primero que sugirió la idea de que se fijase la atención en la configuración de los cráneos (1); y Camper redujo posteriormente este sistema a ciencia (2), deduciendo el criterio del ángulo facial. Observando de perfil el cráneo se tira una línea desde la abertura del oído hasta la base de las narices, y otra desde la prominencia de la frente a la extremidad de la mandíbula superior donde están implantados los dientes: y las razas se distinguen por la diversa abertura del ángulo, que en el Albino es de 58 grados, en el Negro y Calmuco cerca de 70, y en el Europeo 80 y algunas veces mas (3).

Pero el que hizo un estudio mas esmerado acerca de las variedades humanas fué Blumenbach, que recogió una infinidad de cráneos, y estableció clasificaciones sobre su forma y sobre el color de su cabello, de la piel y del iris. Contempló este observador el cráneo de arriba abajo, donde presenta una figura oval, regular en la nuca y desigual en la parte anterior, en que sobresalen mas ó menos la frente, los huesos de la nariz y de las mejillas; mostrándose mas ó menos abierto el arco zigomático, ó sea el que une estos huesos con los de las orejas.

Según este sistema se distinguen tres clases de hombres, a saber: la *caucásica* central blanca, la *etiopica* negra, y la *mogola* amarilla, en las cuales se entremezclan las dos gradaciones de la *malaya*, oscura entre las dos primeras, y de la *americana* de color de cobre entre la caucásica y la mogola. A la primera pertenecen los Europeos, menos los Lapones, los Finlandeses y Húngaros; los habitantes del Asia Occidental, inclusa la Arabia y la Persia hasta el río Obi; los de las orillas del Caspio y del Ganges, y los del África Septentrional. El resto de África pertenece a la especie negra. A la mogólica corresponden los demás habitantes del Asia, los tres pueblos de Europa exceptuados de la caucásica, y los Esquimales de la América Septentrional. La malaya comprende todos los naturales de Malaca, de la Australia y Polinesia, llamados tribus Papuanas: por último, la especie americana se compone de todos los hijos del Nuevo Mundo, excepto los Esquimales (B).

Cuanto mas progresa la ciencia, tanto mas

no se verifica por cierto en las razas a cuyos individuos no se tiene la costumbre de cortársela.

(1) *Nouvelle collection des voyages*. Londres 1763, t. II, pag. 273.

(2) PIERRE CAMPER, *Dissertation physique sur les différences réelles que présentent les traits du visage chez les hommes des différ. pays*. Utrecht, 1791.

(3) Los antiguos Griegos comprendieron estas diferencias, pues para significar el máximo de inteligencia daban al rostro de sus estatuas un ángulo facial de 93 y hasta de 100 grados.

sencilla encuentra a la naturaleza en sus recursos; y así como los recientes descubrimientos de Humboldt, Bonpland, Pursh y Brown han dado a Decandolle bastantes indicios para una distribución geográfica de las plantas, derivándolas de un centro común, del mismo modo se multiplican cada vez mas los argumentos para probar que las variedades de la especie humana, lejos de ser efectos de diverso origen, dependen de las variaciones ocasionadas por el clima, del género de vida y de las monstruosidades esporádicas que han llegado a ser hereditarias. Tales razones, que explican también la existencia de las liebres, conejos y cerdos blancos, que establecen inmensa diferencia entre el cerdo doméstico y el jabalí, y a las cuales se atribuye la joroba en la raza de los camellos, bastan para explicar la diversidad que existe entre las especies humanas.

Y que efectivamente naciones enteras han pasado de una familia a otra, lo prueba el ver que entre los pueblos de diverso color se habla ó se ha hablado el mismo idioma, indicio cierto de su común origen. Las lenguas húngara, finesa, lapona y estonia tienen afinidad con la de los Chermisos, Votiacos, Ostiacos, Permianos y otros pueblos de la Siberia Oriental; y sin embargo, los Lapones, Chermisos, Vogulos y Húngaros, tienen el cabello y ojos negros, en tanto que en los Fineses, Permianos y Ostiacos vemos el cabello rubio y los ojos azules. La lengua de los Tartaros y la de los Mogoles ha sido clasificada poco hace en una misma familia, y en el siglo XI formaban aun una sola comunidad de cuatro tribus, procedentes de dos hermanos, según refieren sus tradiciones; y sin embargo, los Tartaros pertenecen a la raza caucásica (1). El idioma demuestra que los pueblos de nuestra raza son de origen común; y a pesar de esto, los naturales de la península india se diferencian de nosotros en el color y la forma, hasta el punto de ser colocados en una clase distinta. Las lenguas europeas, mejor apalizadas, son patrimonio de dos ó tres razas enteramente distintas según las apariencias. Los Tartaros y los Turcos están físicamente lejos de la raza mogola, y no obstante sus idiomas pertenecen a la misma familia. Las lenguas del Ural están repartidas entre pueblos de variadísimo aspecto físico: y las naciones morenas de la India usan de dialectos derivados del sanscrito, lo mismo que nosotros, Europeos blancos.

Quien conoce las mutaciones enormes, ó mejor dicho esenciales, a que están sujetos los animales al pasar del estado salvaje al doméstico, ó vice versa, como ha podido verse en algunos llevados a América, se admira menos de las variedades de la especie humana. Cuanto mas progresa la ciencia, mas se extiende el número

(1) Klaproth demostró que entre las supuestas razas caucásica y mogola hay mucha afinidad respecto de los nombres de cosas naturales y de primera necesidad, para lo cual adujo una larga nomenclatura en el tomo II de sus *Mémoires relatifs à l'Asie*.

de tales especies y mas se prueba la transición entre ellas y la dificultad de separarlas con caracteres terminantes. Mientras la unión entre los animales de especie diferente es infecunda, y mientras los semejantes no producen mas que seres estériles é híbridas, solo las razas de una misma especie engendran mestizos que pueden reproducirse. Esto es puntualmente lo que sucede con los hombres, que por tanto pertenecen fisiológicamente a la misma especie, y esto acaba de confirmarse por la uniforme igualdad del tiempo de la gestación y de la vida, y por la igualdad de enfermedades, salva la influencia del clima y de las costumbres.

Difícil es ciertamente explicar el tránsito del color blanco al negro (1); pero que este es efecto del clima lo indica la gradación de matices que se echa de ver entre los polos y la línea formada por los Daneses, Españoles, Italianos, Moros y Negros. Sabido es que el niño moro nace blanco, y adquiere el sombrío matiz a los diez días, en tanto que las mujeres sarracenas que viven en absoluto retiro conservan la blancura de su cutis. Y que esta mudanza de color se ha ido efectuando y perpetuando gradualmente, se ve también en los Abisinios, pueblo semítico y diferente en cráneo y en facciones del negro, al cual se parece en la piel (2). Otro tanto se afirma de varias poblaciones de África, mixtas ó que se han ennegrecido conservando las facciones europeas, mayor civilización y vestigios de tradiciones. Así es como los Europeos establecidos en la India adquirieron el matiz de los naturales, y en el Malabar se encuentran Judíos negros. ¿Qué mas? los cráneos de los colonos europeos de la India Occidental se diferencian de los nuestros; y se dice que los negros que viven esclavos en las alquerías de América, cambian la configuración de la nariz y de los labios, convirtiéndose en cabello la crespita lana de su cabeza (3). ¿Qué variaciones no podrán haber producido los millares de años transcurridos, y las súbitas alteraciones de los climas causadas por los alzamientos de montañas, los incendios y los cataclismos?

M. Fleurens, secretario de la Academia francesa de ciencias, llevó felicísimamente a cabo experimentos sobre el estudio comparativo de las diversas estructuras del organismo humano, los cuales le condujeron al mismo resultado que acabamos de proclamar.

Por lo tocante al cutis, que ofrece el distintivo mas manifiesto, se encuentra en las razas de color una membrana pigmental, que por

(1) El color del negro reside en el tejido llamado de Malpighi situado bajo la epidermis exterior. V. ALPINO, *De sede et causa coloris Æthiopum*. Leiden 1738.

(2) Nótese que estos pueblos se llaman GUEEZ, esto es, tránsito, y que la Escritura denomina *Cus* a los pueblos de ambas orillas del mar Rojo.

(3) De todos estos hechos dedujo muchas pruebas el R. Wiseman en la IV de sus citadas conferencias. Pero yo he preferido citar testimonios de seglares que estaban muy lejos de defender a Moisés. La razón es muy obvia. V. pues a J. C. PRITCHARD, *Researches into the physical history of Mankind* 1837-41 y su compendio publicado en 1842.

faltar en las demas ha sido considerada como característica de estas. Pero no lo es, pues tambien el blanco, cuando llega á tostarse por efecto del sol, adquiere un sutilísimo pigmento entre el dérmis y la epidérmis, y ademas lo tiene constantemente en derredor de los pezones. Por el contrario, no suele encontrarse en el feto de los negros, ni en los de aquellos que padecen un albinismo parcial, ni tampoco en ciertas partes blancas que se ven en algunas personas de color. Semejante descoloramiento parcial atestigua que el no haberse formado la secreción del pigmento podría atribuirse á una alteración morbosa, y que no puede por lo tanto ser considerado este como característico de la raza. En efecto, siempre aparece ménos desarrollado en los cruzamientos de castas cuanto mas se desvían del tronco negro; por lo cual, el que quiera convencerse del origen único de la raza humana, debe fijar su atención en estas gradaciones, en vez de establecer una comparación directa é inmediata entre los dos extremos. La materia colorante existe en todas las especies; y las circunstancias son las que la desarrollan.

Otros estudios semejantes practicó Fleurens sobre el esqueleto y el cráneo, que nosotros no nos proponemos seguir.

Por otra parte, impreso ya un carácter, viene á quedar como indeleble, según podemos observarlo en las variedades europeas, y particularmente en Italia, donde aun se nota la diferencia entre el tipo de los antiguos Galos y el romano (1).

¿Y esto por qué? ¿Por qué no pierde ahora el negro su sombrío color ni aun bajo el Polo? ¿Por qué el Americano conserva su matiz cobrizo lo mismo en los helados lagos del Canadá que en las abrasadas pampas (2)? Misterios son estos que demuestran que los hechos referidos bastan hasta el presente para disipar las objeciones, pero no para fundar ninguna teoría absoluta.

(1) Véase la carta de W. J. Edwards á Amadeo Thierry: *Des caractères physiologiques des races humaines considérées dans leurs rapports avec l'histoire*. Paris 1829, 429 páginas en 8°. Sentadas las leyes filosóficas, según las cuales cree que se mezclan las razas, asegura haber principiado á encontrar en las fronteras de Borgoña un tipo de fisonomías diferente del de la Francia Septentrional y que va continuándose por el país de Lyon, el Delfinado y Saboya: busca en las galerías italianas el antiguo tipo romano, ya en los retratos de los emperadores, ya en el de los grandes hombres, y encuentra su correspondencia entre los modernos habitantes de Florencia, Bolonia, Ferrara y Pádua y mejor en Venecia. Los compara con los países en que habitaron los Cimbricos, y encuentra exacta la distinción tanto en Francia como en Inglaterra, y confirmada con lo que dice la Historia acerca de sus emigraciones, y lo que resulta de la comparación de sus idiomas en el elemento vivo (C).

(2) El capitán Gabriel Lafond ha demostrado que los Americanos forman una sola familia modificada por el clima y la localidad en cuatro variedades: la primera al Norte, en Unalaska y en la costa del Noroeste, es parecida á la de la Tierra del Fuego; la segunda son los Mejicanos, los de las llanuras del Norte, de Chile y los Indios de las Pampas; la tercera los Peruanos, y la cuarta los Nómadas salvajes. Véase el *Bulletin de la Société de Géographie*, marzo de 1836.

Eusebio de Salles ha dado en el Instituto de Francia una serie de lecciones dirigidas á probar la unidad de la especie humana (D).

Por lo demas, queda fuera de duda que estas diversidades se reducen al color del cutis y á la forma de los cabellos, sin extenderse á los órganos mas nobles de la vida. La misma ciencia de Gall, que algunos han querido tambien convertir en apoyo del materialismo, prueba la unidad de nuestra especie. Hace aun poco tiempo que Tiedemann con exquisitas indagaciones sobre el cerebro, descubrió que el del negro no se diferencia del nuestro sino un poco en la forma exterior y nada absolutamente en la estructura interna; y que exceptuando algo mas de simetría en la disposición de sus circunvoluciones, varía del del orangutan tanto como el cerebro de los Europeos. De lo cual aquel sabio deduce que el negro no es inferior á nosotros por ninguna configuración orgánica congénita que le haga de menor talento, sino solo por la educación (1).

Tambien Humboldt, aquel sabio naturalista que con sus propios ojos examinó toda la tierra, insiste sobre las analogías de los Americanos con los Mogoles y con otros pueblos del Asia Central, y dice que cuanto mas se estudian las razas, dialectos, tradiciones y costumbres, tanto mas motivo hay para creer que los habitantes del Nuevo Mundo proceden del Asia Oriental y que Quetzalcoatl, Boquica y Manco-Capac, personajes ó colonias que civilizaron aquel mundo, procedieron del Oriente de Asia y tuvieron comunicación con los Tibetinos, con los Tartaros Samaneos, y con los Ainos barbudos de las islas de Yesso y de Sacalin. El mismo insigne viajero asegura que, cuando se haya hecho un estudio mas profundo acerca de los moros de África y de aquellos enjambres de pueblos que habitan en la parte interior y al Nordeste de Asia, nombrados vagamente Tartaros ó Chinos, aparecerán las razas caucásica, mogola, americana, malaya y negra ménos aisladas, y se echará de ver en esta gran familia del género humano un solo tipo orgánico, modificado por circunstancias que acaso nunca nos será dado determinar (2).

Otra serie de pruebas de la unidad del género

(1) Según sus indagaciones publicadas en el *Institut*, núm. 190, 1837, el cerebro regular de un europeo adulto, pesa desde tres libras y tres onzas á cuatro libras y once onzas (gramas 1213. 1851. 35): el de una mujer, de cuatro á ocho onzas ménos (gramas 124. — 219.). Al nacer, el cerebro pesa 1/6 del cuerpo; á los dos años 1/43; á los tres 1/48; á los quince 1/24; entre los 20 y 70 años desde 1/35 á 1/45. Otro tanto sucede en el negro, y sus nervios no presentan tampoco, á proporción, mas espesor.

(2) *Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, introducción. En esta introducción dice tambien: «Es maravilloso encontrar á fines del siglo xv, en un mundo que llamamos nuevo, las instituciones antiguas, las ideas religiosas y la forma de edificios que en Asia parece que se remontan á la aurora de la civilización. Sucede con los rasgos característicos de la humanidad como con la estructura interior de los vegetales esparcidos por el globo: en todas partes se manifiesta un tipo primitivo, á pesar de las diferencias producidas por la naturaleza de los climas, del terreno y por otras muchas causas accidentales.» Y añade que «la comunicación entre ambos mundos es una cosa probada de un modo indudable por las cosmogonías, por los monumentos, por los jeroglíficos, por las instituciones de los pueblos de Asia y América.»

humano se deduce del lenguaje. Quien preguntara cómo las imágenes pintadas en la retina pueden representarse por medio de sonidos que á su vez puedan expresar ideas y comunicárselas á los demas, propondría un problema de insuperable dificultad, como es el de sustituir al color el sonido, al sonido el pensamiento, al pensamiento una voz pintoresca. Pues bien, á todas estas condiciones satisface la palabra, de la cual proceden todo el perfeccionamiento del hombre y todos los tesoros de la tradición: la palabra que une lo pasado á lo presente y lo inmediato á lo que está remoto; simbolizada en la lira que funda las ciudades y en los semidioses que dictan las leyes; intérprete de las generaciones extinguidas; base de la dignidad del hombre y de sus altos destinos, supuesto que necesariamente se comprenden en ella la conciencia y el entendimiento, sirviendo no solo para anunciar el pensamiento, sino tambien para el amor, la reconciliación, el mando, la justicia y la creación.

¿Quién inventó este artificio, el mas maravilloso de todas las cosas creadas? Si lo pregunto á las Sagradas Letras, me responderán que en el principio existía la palabra, y la palabra era Dios: Dios habló al hombre y el hombre por mandado suyo impuso nombre á todas las cosas. ¿Y se dirá despues que Dios no creó perfecto al hombre (1)? ¿Cómo podría haberse llamado tal si le hubiese faltado la palabra, instrumento por el cual alcanza su racionalidad? De aquí infiero que el uso de la palabra fué primeramente enseñado al hombre por el mismo Dios, que con él le dió al mismo tiempo los mas esenciales conocimientos morales, científicos y religiosos.

Hay entendimientos que no dándose por satisfechos con la fe, piden el apoyo de razones; pero las razones abundan aquí como en todos los casos en que se trata de verdades reveladas. Suponen algunos que los hombres, despues de haberse desarrollado de los gérmenes materiales que les dieron origen, vivieron arrojados como por la casualidad sobre una tierra confusa y selvática, huérfanos abandonados por la mano desconocida que les habia dado el ser (2); y que obedeciendo puramente á la ley de la necesidad, inventaron primero ciertos gritos convencionales, que fueron las interjecciones, de las cuales se fueron elevando poco á poco á las demas partes del discurso.

Mas para convenir en el sentido de las voces arbitrarias, ¿no es por ventura necesario hablar ya? De otro modo ¿cómo podrá el sonido formado por un hombre despertar una idea determinada en el espíritu de otro? Centenares de siglos hace que aullan los animales, y sin embargo en nada se parecen á un lenguaje sus articularizados gritos. Si el hombre nunca hubiese oído hablar, se habria quedado sin el uso

(1) *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona*. Gen. I. 34.

(2) VOLNEY, Ruines.

de la palabra, como todos los días lo están demostrando los sordo-mudos, los cuales, si andando el tiempo aprenden un lenguaje de signos y adquieren tantas ideas, es porque viven en medio de una sociedad educada por el idioma. Las distinciones lógicas, las delicadezas de la conversacion, las gradaciones de los tiempos, de los modos y de las personas, ¿cómo era posible que hubiesen sido inventadas por el hombre, supuesta la ignorancia de sus primeros días? Y digo primeros, porque donde quiera que se nos presenta el hombre, se le ve hablando: ni hay una sola fabula ó tradición que refiera que haya habido un inventor de la combinación de la palabra. Admitiendo los materialistas la eternidad del idioma ó haciéndolo una función natural como el canto de las aves, ó una invención individual y primitiva, tendrían que llegar tambien por último á una diferencia radical, aun cuando recurriesen al origen onomatopéico. No se diga tampoco que la semejanza de órganos debia reducir los alfabetos á unos cuarenta sonidos, y la gramática general á unas cuarenta proposiciones, pues que los poquísimos elementos (valiéndonos de un ejemplo vulgar) del caleidoscopio, producen millones de combinaciones posibles.

Diré mas: aun cuando en el progreso de la sociedad vemos que todas las artes se van perfeccionando, ninguna nueva perfección notamos introducida en las lenguas, y ninguna, desde que las conocemos, ha adquirido un nuevo elemento esencial. Las lenguas semíticas, aunque inmediatas á las otras en algunos siglos, no han inventado el tiempo presente, ni los tiempos ni modos condicionales; tampoco han inventado ninguna nueva conjugación ó partícula para poder evitar al *vau* copulativo la necesidad de expresar una relación cualquiera entre las partes de un discurso: sus alfabetos carecen de vocales y no se ha sabido dárselas (1). Fijemos ahora la consideración en los toscos Ame-

(1) Grimm, estudiando las primitivas formas de la gramática alemana, conoció que su idioma estaba muy lejos de haberse perfeccionado. Humboldt escribia á Abel Remusat, diciendo: «Je ne regarde pas les formes grammaticales comme les fruits des progrès qu'une nation fait dans l'analyse de la pensée, mais plutôt comme un résultat de la manière dont une nation considère et traite sa langue.» *Lettre sur la nature des formes grammaticales*. Paris 1827, pag. 43. Y añade: «Je suis pénétré de la conviction qu'il ne faut pas méconnaître cette force vraiment divine que révèlent les facultés humaines, ce génie créateur des nations, surtout dans l'état primitif, où toutes les idées et même les facultés de l'âme empruntent une force plus vive de la nouveauté des impressions; où l'homme peut pressentir des combinaisons auxquelles il ne serait pas arrivé par la marche lente et progressive de l'expérience. Ce génie créateur peut franchir les limites qui semblent prescrites au reste des mortels: et s'il est impossible de retracer sa marche, sa présence vivifiante n'en est pas moins manifeste. Plutôt que de renoncer, dans l'origine des langues, à l'influence de cette cause puissante et première, et de leur assigner à toutes une marche uniforme et mécanique qui les trainerait pas à pas depuis le commencement le plus grossier jusqu'à leur perfectionnement, j'embrasserais l'opinion de ceux qui rapportent l'origine des langues à une révélation immédiate de la divinité. Ils reconnaissent au moins l'étincelle divine qui luit à travers tous les idiomes, même les plus imparfaits et les moins cultivés.»